

Cotard

David Barrenechea Ortiz



Capítulo 1

Cotard

Las plantas de los pies le quemaban como si hubiera caminado sobre carbón ardiendo. El calor de la caminata se había acumulado y subía al resto de sus piernas. La agrietada carretera, aparentemente recta a la distancia y delante de él, serpenteaba en curvas horizontales y verticales como una manguera regada por cumbres y depresiones.

Aunque el sol exigía su cuota de sudor, el viento helado y las negras nubes que se trasladaban por el cielo planeaban cambiar el clima.

-Mierda - dijo mientras se quitaba, con un mondadientes, un pedazo de maní y manchas de chocolate entre los dientes - debí haber traído un paraguas o una sombrilla - Se detuvo un momento, luego de su último descanso hace más de 40 minutos - Un paraguas o una sombrilla, si llueve o hace calor, protegen por igual... o deberían - miró al cielo mientras tocaba el ala de su gorro - ¿Por qué no solo idear un artefacto y ponerle el mismo nombre? Sombrilla y paraguas... al final son la misma huevada.

Una expresión incómoda invadió su rostro y apoyó los dedos de la mano izquierda a un lado de la frente. Como si una jodida migraña estuviera taladrándole la sien.

-¡NO MIERDA... ! No voy a volverme marica por usar sombrilla.

Inmediatamente lanzó una envoltura vacía de chocolate al suelo mientras reanudaba su marcha. Se detuvo, se llevó las manos a la cintura, vio la envoltura y regresó a recogerla.

-¡No hagas eso! - recogió la envoltura y se la metió al bolsillo.

Todo el paisaje, alrededor de la carretera, eran pampas y colinas deshabitadas. No había personas ni animales, pero la tierra tenía marcas de haber sido labrada alguna vez. Todo estaba verde y lleno de plantas silvestres que no pasaban de los 30 cm de altura. Dicha vegetación solo se presentaba en esa temporada del año, ya que el resto de meses, todo el lugar era completamente seco.

Un grupo de aves aparecieron en el horizonte a un lado de la carretera. Dos de ellas redujeron la altura de su vuelo, de tal forma que pasaron muy cerca de él.

Otra vez se tocó la sien y detuvo su paso.

Delante de él, a menos de 10 cm cayó un chorro de excremento, estrellándose en el maltratado pavimento, salpicando su zapatilla con una gota casi imperceptible.

-Y por eso... - miró a las aves que se alejaban - los chanchos no vuelan.

Ya había recorrido más de 10 kilómetros a pie desde las 5:30 de la mañana. La carretera que seguía solo había sido compactada, y de vez en cuando veía pasar, en su dirección y en contra, motos y camionetas privadas. Once minutos más y se aproximaba a una amplia curva que rodeaba una altísima colina. Al llegar al otro lado pudo ver un cruce de carretera, a su lado, a casi medio kilómetro había un cerco de adobe, que encerraba lo que parecía ser un cementerio. Las rodillas exigían con dolor que se sentara y volvió a tocarse la sien.

-Prefiero descansar en el cruce. Igual... no hay nada que me haga sombra ni aquí, ni allí - se golpeó la sien leve y rápidamente con el índice - ¡Porque sí mierda... porque me da la gana!

Dio 8 pasos, se detuvo. Volvió a dar otro tanto de pasos antes de parar nuevamente. Siguió con este extraño ritmo hasta que finalmente se inclinó hasta apoyar las manos en sus rodillas, hiperventilando y respirando con fuerza para calmar su cuerpo.

-Ay mierda... ¡Si, si! - inclinó la cabeza al lado izquierdo - ¡El cruce va a ser mi puto punto de referencia! - Extendió la mano derecha. Como presentando el lugar en cuestión, al aire.

Aunque el sudor inundaba su frente y ya tenía el polo empapado en el cuello y axilas, no tenía intención de quitarse la casaca que llevaba encima. El viento helado del lugar podría reducir la temperatura de su cuerpo más de lo deseado. Miró el cielo, ya era medio día y no se había percatado en qué momento las nubes habían tapado el sol. Deseaba que siguiera así para no tener que volver a echarse bloqueador.

- ¡Si, si! - se dio un palmazo en la sien - ya sé que no tiene nada que ver, igual tendría que echarme un poco...

Al menos ya no sentía como si tuviera una lupa encima de él. Continuó la caminata con un poco más de energía, la curva se enderezaba y descendía hasta que finalmente llegó al cruce. Se sentó sobre una roca casi cúbica, al lado de un poste de luz de madera. Con su mochila en el suelo, sacó un pequeño termo y una bolsa de galletas de agua, un trozo de queso seco del tamaño de medio puño, dos panes, uno con huevo frito y otro con palta, y una botellita con yogurt. Luego se quitó los mitones de

lana para poder comer.

Primero tomó un poco de agua del termo, mientras dejaba que el vapor ingresara por su nariz. Con tres mordiscos despedazó y tragó el pan con palta, se bebió el yogurt entero, y se llevó a la boca un par de galletas con pedazos de queso. Masticaba mientras guardaba el resto y dejaba 3 galletas más en el bolsillo de su casaca. Mientras movía la mandíbula se quedó mirando a un par de mariposas que parecían cortejarse sobre una flor silvestre.

Y pensó en ella.

Hace casi una hora atrás que había dejado el cruce. En el tiempo que le tomó recorrerlo, ya había cambiado dos veces de CD en su Discman que, gracias a quien sea, tenía antishock. La carretera se había convertido en un camino de no más de 4 metros de ancho que rodeaba un cerro, cuya cumbre no podía distinguirse. El lugar estaba lleno de enormes picos de roca altos como edificios, que sobresalían como colmillos chuecos, rodeados de ichu y arbustos. La aguda corriente de aire silbaba, acompañada del rugido de un torrentoso río, que se encontraba a más de medio kilómetro, ladera abajo. En la verdosa ladera, al otro lado del valle formado por el río, pudo distinguir un grupo de alpacas, avanzando con lentitud, supuso que estaban alimentándose.

Desde hace una hora, solo había ascendido el cerro siguiendo el camino, finalmente llegó a una inflexión, formada por una curva cerrada, tanto horizontal como vertical. En dicho punto pudo distinguir un maltratado sendero que se separaba del camino. En algún tiempo se había formado por huellas de vehículos, ahora estaba invadido de paja seca. Pequeños golpes comenzaron a sonar sobre la visera de su gorro, poco a poco más fuertes y rápidos. Las gotas de lluvia podían verse caer diagonalmente mientras el viento las inclinaba.

Se dirigía hacia donde le indicaba su "brújula", una leve pero incómoda punzada en el centro de su pecho, que se intensificaba cuando iba en la dirección correcta. La primera vez que la sintió tuvo el instinto de rascarse, pero cuando lo intentaba, la molestia se sentía en todo su pecho. La intensidad cambiaba cuando se movía. Con el tiempo aprendió que estaba relacionada con el origen de sus migrañas y algunas extrañas experiencias.

Se detuvo, puso pausa en su discman, se rascó la frente mientras se limpiaba el sudor, bajó su mochila al suelo y sacó una botella de plástico con lloque. Se sirvió un poco en la tapa y bebió mirando en la dirección

del sendero, ladera arriba.

-Ufff... - la exhalación le duró más de 3 segundos – Al fin.

La sien volvió a molestarle.

-¡Ya! Déjame intentarlo sin tu ayuda un rato ¿Ya? - Se quedó mirando el empinado sendero, con el sol a sus espaldas, antes de iniciar el ascenso - Okay... un día más en la vida, o el último día de mi vida.

Debió ser menos de 2 kilómetros, pero la empinada ruta le retrasó como si hubiera caminado el doble. El sendero desapareció en una pampa menos inclinada, la poca vegetación en ella no llegaba a tapar la tierra humedecida por la lluvia que había reducido su intensidad. Según avanzaba, notó restos de ramas cortadas en el suelo, algunas llantas apiladas al lado de un cilindro de metal oxidado y sectores donde la tierra tenía capas de bosta reseca. A otro extremo del sendero había un cerco de troncos, cuyos palos transversales estaban tumbados en el suelo. Pasó cerca de un par de pilcas de roca, a partir de ahí el suelo se había vuelto lodoso. La llovizna seguía precipitándose desde el cielo nublado. Finalmente, a menos de 20 metros, vio una choza de adobe, con puerta de lata y techo de paja. Indiscutible protagonista de todo el lugar.

La puerta colgaba de la única bisagra que quedaba entera, al retirarla sintió la humedad y densidad del interior. Dentro había algo de iluminación, gracias a una abertura en el techo al lado de una viga colapsada y apolillada. El interior estaba dividido en dos ambientes, separados por una raída sábana que fue usada como cortina. Cruzó lo que parecía un comedor, con una pequeña mesa, una banca de madera y una polvorienta cocina de kerosene arrimada a la pared. Cruzando la cortina sintió un hedor pútrido, leve, pero penetrante una vez cerca al lugar del que provenía.

Sobre un catre oxidado, cubierto por frazadas oscurecidas por la tierra acumulada, encontró una osamenta. Algunos huesos eran más blancos que otros, ya que una especie de pelusilla o polvo húmedo cubría y oscurecía algunas partes. El esqueleto estaba echado de costado, con la cabeza apoyada en una mano, mientras que los restos del otro brazo se habían desprendido, terminando al pie del catre. Se acercó para inspeccionarlo, pasando la vista sobre la ropa sucia y gastada que cubría parte del esqueleto. Sobre el cráneo, tumbado de lado, algunas partículas de polvo revoloteaban y resplandecían con la luz que se filtraba por un agujero en el techo de paja.

Esperó unos segundos, no sabía si tocarlo o no.

-Me jode cuando demoran – un aire incómodo rozaba el interior de su estómago. La impaciencia le provocaba vértigo. Se estrujó la cara con una mano – Perdón.

Se dirigió hacia la puerta y se sentó sobre la empedrada base del marco. Estiró los pliegues de su jean marrón, debajo tenía puesto un abrigo de lana. Miró el suelo cerca suyo y cogió una piedra plana y alargada, la usó para retirar el barro acumulado en la planta de sus negras zapatillas impermeables. Se detuvo para ver el horizonte nublado, las laderas y cumbres al otro lado del valle, la pendiente por la que subió, los picos de roca y el suelo a su alrededor. Al ver como la lluvia, reducida a llovizna, seguía empapando el suelo, entendió la inutilidad de limpiar su calzado.

-¡MIERDA! – se paró y tiro la piedra al suelo - Ya sabes lo impaciente que soy - se rascó la cabeza por debajo del gorro antes de tocarse la sien – Si, si... seré amable con el dueño o dueña de la casa. Siempre soy cortés.

Sacó las galletas que había guardado en el bolsillo de su gruesa casaca azul. Abrió el cierre para ventilarse un poco, aún sin quitarse la chompa "Jorge Chávez" negra que llevaba debajo. Sacó el termo de su mochila y tomo un poco más de agua. Al terminar de beber, sintió un aire en sus entrañas que se convirtió en un escalofrío que sacudió sus brazos.

Volvió al interior de la choza. Detrás de él la puerta se tambaleó por una brisa inexistente. Se paró otra vez al lado de la osamenta y sintió que la temperatura descendía, algo común en estos fenómenos, aunque en ocasiones solía pasar lo contrario. Sintió una presión frente a él, de intensidad similar a la que se siente cuando uno trata de acercar dos imanes por el mismo polo.

-Bueno... buenas tardes – dirigió su mirada al cráneo – Tenga usted muy buenas tardes. Disculpe que le trate de usted, pero no sé si usted fue hombre o mujer – se tocó la sien para murmurar - ya sé que lo uno o lo otro no le resta o le da más importancia. Ahora déjame continuar, quedamos en que no me interrumpirías.

El cráneo inanimado lo contemplaba, desde sus cuencas oculares vacías.

Ideas e imágenes invadieron su mente, hasta formarse un mensaje claro, que pudo entender como palabras.

-Verá... – dijo como si respondiera a una pregunta - es algo que puedo hacer desde que era niño - imágenes volvieron a invadir su mente - si,

como ese señor de su pueblo, que me cuenta. Me pasa algo parecido ¿Hace mucho que no se comunica con nadie?

Esperó hasta que otro mensaje se formó en su mente. Podía escuchar las gotas percutir en el suelo, fuera de la choza y sobre la paja del techo. Un chorro de agua acumulada descendió cerca al cráneo desde el agujero del techo.

Se tocó la sien, mientras siluetas de ovejas y alpacas revoloteaban dentro de un cerco imaginario. La presión del lugar trataba de arrastrarlo como lo haría una corriente de agua. Salió con prisa de la choza, recorriendo la lampa, y se dirigió al cerco, miró con tristeza lo deteriorado que estaba, con los listones apolillados en el suelo. Sintió la presión en su propio corazón, la idea de ser víctima de una injusticia lo invadió, mientras las siluetas de los animales se fusionaban en la imagen de un bebé que le era arrebatado de sus manos. Tuvo que soltarlo, ya que un poderoso golpe le cayó en la cabeza.

Inmediatamente se llevó las manos a la cabeza, como si el golpe hubiera sido real, aunque, desde que las imágenes inundaban su mente, lo único que podía sentir era una insoportable migraña. Llegó incluso a lagrimear por el dolor. La migraña fue reduciendo su intensidad. Aunque levemente, todavía podía sentir con sus dedos una vena de su sien, bombeando sangre a gran velocidad. Esperó menos de un minuto, su mente se calmó otra vez, y la migraña se convirtió en un hormigueo.

-Si bueno, solo déjelo. No me siento en capacidad de entender su indignación, pero... ¿Me va a decir que en todo este tiempo no ha tenido recuerdos alegres?

A pesar de que la migraña aumentaba por momentos, caminaba sin reaccionar a ella. Subía la pendiente de la pampa, de vuelta a la choza. Daba pasos lentos con las manos tomadas en la espalda y mirando el suelo, con la atención que un joven le presta a las anécdotas de un anciano, mientras sonreía. En su mente se formó la imagen de un bebé que en segundos se convirtió en un niño que cazaba perdices y lagartijas, luego en un pastor adolescente deseoso de volar del nido y finalmente en un joven cuyas visitas a la choza se hicieron menos frecuentes con el tiempo. Paralelamente, estaba la imagen de una persona adolorida y enferma, a la que le faltaban las fuerzas y el interés para salir de su choza, sobre todo porque ya nadie le visitaba, hasta que un día la fiebre y la parálisis parcial del cuerpo evitó que se levantara de la cama.

-Es tal y como dice usted, con saber que su hijo ha terminado siendo un profesional, ya lo llena de orgullo. Con su propia familia y todo...

Al llegar a la choza, se apoyó en el marco de la puerta y la presión del lugar volvió a concentrarse en la habitación, con la calavera como

epicentro.

-Eso hubiera sido lo ideal – respondió a las imágenes en su cabeza – Verá, yo soy de la idea de que los cementerios son más... bueno, son más para los vivos que para los muertos, "al final todos se van". Las personas necesitan el cementerio para recordar a los que se fueron, para dejarle sus cosas, sus flores, sus recuerdos... ¿Qué se yo? Pero, sea cual sea el motivo de su partida, ya no vale la pena atormentarse con eso, solo necesita continuar.

La presión lo rodeó, la migraña se incrementó como si el cerebro se estrellara con fuerza por el lado izquierdo de la cabeza. Se arrodilló, presionando su cabeza con las manos

- ¡YO ESTOY AQUÍ PARA ESO! – gritó mientras soportaba el dolor y un sentimiento de desesperación trataba de formar una imagen en su mente – SOLO DÉJELO... déjelo ir...

La presión se fue desvaneciendo, pero la migraña seguía implacable. Se sentó en el suelo, aún en el marco de la puerta y sin separar las manos de su cabeza. Con la fuerza que se agarraba terminó deslizando su gorro, el cual cayó al suelo.

-Estoy aquí para eso, para despedirte - Se levantó mientras cubría su rostro con las manos para que su propio aliento calentara por unos segundos su nariz. Así no tendría que soportar el aire helado ingresando al interior de su cabeza por un rato. Luego se cruzó de brazos, con los ojos entre abiertos y llenos de lágrimas por el dolor que le provocó la migraña.

La presión iba disminuyendo, junto con la llovizna.

-Al menos esto puedo hacer por ti – Se dirigió a la cama y cogió el cráneo con la punta de los dedos. Lo acercó a la puerta y sopló unas cuantas veces para quitar el polvo acumulado en la lisa superficie – Lo llevaré al cementerio más cercano y ahí te haré una pequeña despedida ¿Me acompaña? – La monstruosa migraña seguía atormentándolo.

La presión estaba desapareciendo.

-Si, es lo mejor para usted. Este es tu hogar después de todo – sonrió – de nada – se quedó pensativo un momento – No, no sé. Pero mi madre me enseñó algunas palabras – una frase se le formó en la mente – tupananchikama – contestó.

En su mente la imagen de una sonrisa y unos ojos cerrándose se fueron desvaneciendo, como una capa de harina llevada por el viento. La presión desapareció y la temperatura dentro de la choza se elevó un poco. Limpió el cráneo con papel higiénico que llevaba en el bolsillo, la migraña fue

reduciéndose hasta volver a ser solo un hormiguelo.

La llovizna se detuvo.

La luna llena le había servido para reconocer el camino, ya era de noche cuando llegó al cementerio, estaba ubicado a medio kilómetro cerca a la gran curva. El cementerio contaba como única iluminación un poste eléctrico al lado derecho de su entrada principal. Todo el campo santo estaba rodeado por muros de adobe, con un portón metálico cerrado con doble candado.

Se alejó de la luz y rodeó los muros, buscando un lugar donde escalar. Finalmente lo encontró, justo en la parte trasera del cementerio, donde el muro no parecía tener más de 2 metros de altura. Cogió una piedra con punta y comenzó a picar las juntas de barro, lo suficiente como para que sus dedos puedan adherirse entre los adobes. Bastaron 2 agujeros a la altura de su cabeza. Apagó su discman y lo guardó dentro de su mochila. Miró los agujeros, se aferró a ellos y se impulsó, apoyando un pie en el muro. Su zapatilla se deslizaba y raspaba el adobe, estiró el brazo derecho para agarrar el borde superior. Antes de que su mano resbalara en el adobe, que parecía deshacerse, pateó contra el muro hasta colocar su otro brazo en el borde, apoyando sus codos y antebrazos. Las mangas de su casaca se ensuciaron con la tierra desprendida de los adobes.

-Aaaay, mierdaaa... - suspiró, tragó saliva, cerró los ojos con fuerza y los abrió - ¿Quién chucha me manda a ser tan alto?

Tomó aliento un par de segundos, terminó de arrastrarse verticalmente, apoyándose en sus brazos para acabar sentado sobre el muro. Descansó mientras trataba de calmar su respiración y sentir de nuevo el pesado esfuerzo que requiere cualquier actividad a más de 2000 msnm.

-Ufff... - se sintió pesado - estoy gordo - su sien izquierda volvió a molestarle - ya, no seas pendejo - se concentró y miró hacia el interior del cementerio - No hay nadie... -se tocó la sien- si, si, a eso me refiero.

Nunca está de más cerciorarse, aunque la experiencia le había enseñado que en los cementerios, más allá de lo que cree la mayoría, es raro encontrar almas en pena. Tal vez podría haber algún etéreo, tratando de mendigar la energía emocional de quienes visitan a sus difuntos. Así como un cuclillo que obliga a sus falsos padres a alimentarlo hasta matarlos de agotamiento, algunas entidades desgastan anímicamente a personas que han sufrido una pérdida. Las víctimas creen ver la aparición o sentir la presencia de un ser querido, pero solo se trata de un parásito espiritual. En vez de cementerios, las ánimas prefieren visitar lugares que recorrieron en vida, sin un horario de preferencia. Una persona puede

estar rodeada de más de un ánima, sin interactuar nunca con ellas, en un paradero bus, en su casa, en su centro de trabajo, en mercados, discotecas...

De un salto bajó del muro, sintiendo el impacto de la caída desde sus talones hasta su cintura. Recorrió el lugar, no debía tener más de una cuadra de área. En la penumbra pudo ver las cruces, algunas de metal, otras de piedra, concreto y hasta de madera. La luz lunar le permitió distinguir los tonos de las lápidas de concreto: blancas, celestes, naranjas y una que parecía revestida con mayólica negra.

Empotrado en el muro de adobe, había un altar hecho de concreto y piedras redondas, con la imagen de la Virgen María, o alguna de sus versiones, en su interior. Se acercó y notó una roca casi del tamaño de un auto al lado, interrumpía el muro de adobe, el cual habían construido pasando por encima de ella.

-Perfecto - dijo, luego de torcer una sonrisa de éxito. Luego miró la imagen dentro del altar - y tú ¿Qué cover de la Virgen María eres?

Se quitó los mitones y comienzo a cavar con las manos debajo de la roca. Al retirar una capa de solo 10cm la tierra suelta comenzó a endurecerse. Sus deseos de acabar rápido se frustraron.

-No, no. No había ningún fierro - exasperado, aplastó la palma de la mano contra el lado izquierdo de su cabeza, como si matara un mosquito. Luego se calmó - ... pero buscaré algo.

Volvió a recorrer los senderos de tierra entre las lápidas. Entre la penumbra, miró con atención los objetos sobre y alrededor de ellas por algo que le pudiera servir. Flores secas, platos y vasos descartables, botellas de cerveza, tachos de plástico, velas consumidas hasta la mitad.

Mientras andaba volvió a acordarse de ella, la única alma que deseaba encontrar. Sin otro oficio más que dedicarse a despedir almas en pena, conoció a otros contactistas, en su mayoría falsos, que solo se aprovechaban de la desesperación de quienes querían volver a hablar con sus seres queridos, o de quienes eran acosados por espectros y almas en pena. Felizmente para él, también había personas que estaban dispuestas a pagar lo que sea, por volver a dormir tranquilas sin que nadie les molestara por las noches. Visitó muchos lugares, encontrando y despidiendo otras almas, y recorrió varias veces lugares relacionados con ella, pero su "brújula" no la hallaba. Tal vez no estaba muerta, como le habían contado, o tal vez no todos los suicidas terminan como almas en pena.

Finalmente encontró algo que le podía servir. Al lado de un nicho rosado había un tacho que contenía un par de tallos resecos, estaba hecho con la

mitad inferior de una botella de gaseosa y amarrado con alambre a un trozo de fierro clavado al suelo.

Se acercó, se fijó en lo que decía la lápida y se agachó para retirar la vara de fierro.

-Hola Sra Ruti... - tuvo que hacer fuerza para mover la vara en círculos y retirarla – mmrrr... ahorita... mmrrr... ahorita te la devuelvo, solo préstamela un rato. - la tierra se aflojó y pudo sacar la vara – Gracias.

Regresó al altar y la roca. Escavó por varios minutos, luego midió la profundidad metiendo su pie en el agujero, llegaba hasta la pantorrilla. Sacó el cráneo de su mochila, tiró el periódico con el que lo había envuelto, colocó el cráneo sobre la roca y lo contempló en silencio por un rato largo. Quieto, después de tanta actividad, notó el peso de la fatiga en todos sus músculos. Cuando sintió que el sueño estaba a punto de ganarle, a base de cabeceos y parpadeos, decidió acabar con el entierro.

Terminó de sepultar el cráneo, sacudió la tierra de sus manos y rodillas, y volvió a ponerse los mitones. Luego sacó el llonque, roció un poco sobre la tierra a sus pies, luego otro poco sobre el agujero recién tapado y finalmente tomó un poco.

-¿Y ahora?

Bostezando sin parar miró a su alrededor, rodeó el altar y notó que al otro lado, opuesto a la roca, no se sentía el viento. La esquina entre el altar y el muro de adobe, no era calido, pero cualquier corriente de aire era cortada por el muro, el altar y la roca. Se echó y acurrucó.

Sintió la tentación de encender su discman, lo hizo por unos segundos, luego prefirió apagarlo y guardar batería para el camino de regreso. Colocó la vara a su lado para no olvidarse de regresarla. Finalmente estiró las piernas, puso su mochila sobre ellas y cerró los ojos.

-Solo, solo un rato - susurró, sin fuerzas ni ánimo para tocarse la sien – Una noche más en mi vida o la última noche de mi vida.

Dv